

Crónica Literaria

Por ALONE

ALBERTO SPIKIN-HOWARD.— Entregado a sus libros, a su música, a los estudios de toda su vida, el Dr. Spikin vivió los últimos años en una pequeña parcela, menos de una hectárea, donde había edificado su casa y tenía su huerto, su arboleda y que un arroyuelo atravesaba por el fondo.

Todo le permitía creer que allí terminaría su existencia en paz.

No había conseguido formarse una fortuna, aunque contribuyó a la de tantos. Era un hombre extraordinariamente dotado, en particular por la variedad de sus aptitudes y la extensión de su cultura, en algunas de cuyas ramas, y no de las menores, sobresalió como especialista.

Desde luego, el éxito de su iniciación en la carrera médica le anunciaba un futuro brillante que se habría asegurado una gran situación.

¿Por qué, casi recién abierto, cerró su consultorio de psiquiatra?

Más de uno de sus admiradores se lo preguntaría alguna vez. Quiso la suerte que, escritas en la cama, tres días antes de morir, nos enviara algunas líneas que son, sin duda, las últimas de su pluma y donde aborda esa delicada cuestión desde sus lejanas raíces.

“Es muy sencillo —me dice—, yo nunca tuve confianza en nada de lo mío. No se olvide Ud. que me pusieron a trabajar a los 12 años de edad, a pesar de ser de carboncillo y sacar boletines de los mismos en los ferrocarriles. El estudio de la música fue solo una defensa neurótica, hasta los veinte en que logré escapar a Europa. Regresé a Chile y empecé mis estudios para llegar a ser médico, que era lo que más habría querido ser. Pero, al recibirme, a los 40, comprendí tarde que era ya muy tarde y tuve menos que nunca confianza en mí mismo”.

Algo se había roto en su interior, algún resorte íntimo se quebró que inhibía esa fe sin la cual no se realiza ni se persevera.

Además quería la perfección y la buscaba con demasiada exigencia. Fue un pianista y profesor de alta categoría, formó alumnos que le debieron la celebridad y no se discutía su competencia en el arte musical. Sin embargo, en nuestras visitas a su refugio de Machali, nunca conseguimos obtener que nos acordara a más sencilla audición, aun cuando solía hablarnos de que, en las horas de soledad, que eran muchas, la ejecución de sus piezas predilectas le daban compañía.

Nosotros lo conocimos por el aspecto literario, la postrera y más tardía de sus vocaciones y, de seguro, la más lograda.

La misma circunstancia de no haber llegado a ella joven, sino en la plena madurez, presta a sus páginas el sabor único de la experiencia, de las cosas vistas y los hechos vividos.

Por eso, cuando se lee cualquier cosa de Spikin —y su registro, singularmente amplio, abarca la poesía, la novela, el cuento, las memorias, el ensayo político, el comentario de actualidad periodística— siempre causa la sensación de que escribe porquería algo que decir, algo que era conveniente y oportuno decirlo y de que, al hacerlo, no pierde ni hace perder el tiempo.

A su prosa afluyen numerosas vertientes, no sólo científicas, de orden médico, ni musicales o didácticas, sino también,

surgidas de sus trabajos y sus viajes, de su curiosidad inagotable, de sus lecturas infinitas y el conocimiento de la gente que le había tocado tratar.

Era un conversador fascinante, una de esas personas a quienes se quería tener como vecinos en el campo.

Hemos oído esa queja de su infancia desgraciada que exhaló en el límite de la vejez, cuando, al irlo a visitar en su final residencia, en la calle 5 de Abril, al escapársele una alusión al futuro, volvió la cara murmurando: “Si es que yo puedo hablar de futuro”.

Al día siguiente recibimos esa hoja escrita de su mano en que lo atribuye todo a una infancia infeliz y que termina:

“Ahora no me queda más que repetir la frase de Conrad:

“Cosa extraña es la vida, ese misterioso arreglo de lógica despiadada para un propósito fútil. Lo que más puede Ud. esperar de ella es un conocimiento de sí misma que llega demasiado tarde, una cosecha de remordimientos inextinguibles”.

Su cerebro permanecía coherente y lúcido en la misma línea desencantada, en la misma desconfianza de sí mismo.

Pero sufría del corazón. Cuando alrededor de su parcelita de Machali comenzaron los asaltos y los despojos y un día un alto funcionario de la yina Concha y Toro se presentó en su casa a pedirle hospedaje, sus dolencias cardíacas se agravaron, vio que era preciso escapar, porque no había seguridad de nada, hizo desmantelar su casa, se vino a Santiago esperando en un tratamiento intensivo que, al fin, no pudo contra los golpes, los achaques, las penas y la vida.

No es la hora aún de analizar su obra literaria, que es copiosa y variada; pero puede afirmarse que su personalidad aportó a nuestro ambiente una nota original de relieve inconfundible, toda marcada por la huella de un temperamento poderoso, una sensibilidad delicada y una imaginación singular que evocaba la de sus antepasados y maestros ingleses. En ahí, tal vez, en el carácter británico, donde se deba buscar la clave de la rebeldía hurana y la desafiante independencia que lo hicieron apartarse e imprimir su sello a sus mejores páginas, tanto de poesía como de prosa.

En la 3ª edición de “Las Cien Mejores Poesías Chilenas” (Zig-Zag 1986) viene este soneto suyo que bien podemos recordar como despedida: se titula “Soledad Estelar”.

En mi barco estelar inició el viaje;

viajero de mi propio recorrido,

en pos del horizonte y del miraje

navego rumbo a lo desconocido.

Llevo el puerto en mi alma y el oleaje

azul del mar, dentro de mi escondido.

La soledad por compañía traje

y en mis sueños, marino sorprendido.

Nadie encuentra la luz cuando la lleva

dentro de sí, ni ruta, si navega

en su ser, desiado tripulante.

Si son sus propios astros los que eleva

en la noche espectral, sus ojos ciega

y es sólo de su alma el navegante.

Crónica literaria [artículo] Alone.

Libros y documentos

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1972

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Crónica literaria [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa